

# EL ÚLTIMO TREN

Viernes 22 de abril 2011.

Estación de tren de Vidal de la fuente.

La noche era agradable. El fuerte viento que había acompañado a la lluvia durante toda la tarde había dejado de soplar y esa lluvia que había sido torrencial, ahora no eran más que unas pocas y finas gotas. Además, la gran luna llena que había esta noche iluminaba la estación casi más que las propias luces del andén.

Antonio esperaba en el andén, era tarde, pero según sus cálculos todavía tendría que pasar el último tren que le acercara a la ciudad, donde vivía. Sin embargo, los paneles informativos electrónicos estaban apagados y en los escritos estaba tachada con un rotulador negro la hora del último tren.

Él había pasado por la taquilla para asegurarse, pero no había nadie, aunque cuando lo hizo, vio que las luces estaban encendidas y las puertas de acceso a los andenes abiertas, por lo tanto, era lógico pensar que no habría pasado todavía ese último tren. Decidió entrar en el andén de su tren y también lo encontró vacío.

No llevaba más de 5 minutos esperando cuando empezó a pensar que tal vez no debería haber aguantado tanto para acercarse a la estación. No dejaba de pensar que no era agradable andar hacia la

estación con el fuerte viento y sobre todo con la fuerte lluvia que caía hacía unas horas, pero menos agradable sería tener que esperar 6 horas, hasta el primer tren de la mañana o peor aún, pagar un taxi hasta casa. El precio del viaje podía suponer su presupuesto de comida para toda la semana.

Por lo menos, según pasaban los minutos, la débil lluvia se iba haciendo todavía más fina llegando prácticamente a desaparecer. Antonio iba vestido con un abrigo negro largo y una gorra de cuero para tapar su cabeza rapada, así que frío no tenía y decidió esperar un cuarto de hora más como hora límite, y si al pasar ese tiempo seguía allí esperando, iría en busca del taxi que le llevara a casa. También pensó que en el trayecto de vuelta iría pensando cómo ahorrar dinero para comer o decidir a quién podía pedirle prestado un pequeño anticipo de su sueldo.

Se sentó en un banco y situó su gorra a su lado. No estaba mojado porque se encontraba bajo una marquesina, aunque un poco frío sí. No le importó mucho, enseguida comenzó a pensar la razón que le había llevado a estar en aquel pequeño pueblo de las afueras a estas horas de la noche, y eso hizo que se olvidara de todo por unos instantes.

Antonio había recibido una llamada el día anterior de una pequeña empresa de este pueblo que buscaba un cambio de imagen y quería una agencia de publicidad con gente joven. La agencia de Antonio (de

la que era socio desde hacía tres años) tuvo muchos clientes, alguno importante incluso, hace un tiempo, pero desde hacía un par de años se habían ido quedando casi sin trabajo. De hecho, ahora la empresa no contaba con más de 8 personas y él, que en su día era un creativo bien pagado, no solo casi no tenía trabajo sino que tenía que hacer labores de producción y representación comercial para tener un sueldo fijo al mes.

Al recibir esa llamada se ilusionó mucho y quedó en acercarse al pueblo para ver las oficinas y acabar de concretar las condiciones del trabajo que buscaban. Antonio hacía un año que no podía pagar su coche y el de la empresa estaba en el taller. En otra época la empresa hubiera pagado el trayecto sin ningún problema, pero ahora mismo que lo pagara la empresa o pagarlo él venía a ser lo mismo, solo había el dinero justo para pagar los sueldos del mes actual. De todas formas, no le importó coger el tren, una vez dentro de él, el viaje no era más de media hora ya que iba directo y según la página web el último tren pasaba lo suficientemente tarde como para poder cogerlo por mucho que durara la reunión.

El trayecto de ida fue sin problemas, llegó pronto a las oficinas de la empresa y charló cordialmente con el equipo de dirección. Llegaron a un principio de acuerdo a pesar de que en este momento entendió que no buscaban gente joven con

ideas nuevas, sino gente joven sin experiencia que les cobrara poco. Aún así, Antonio tuvo que aceptar la oferta, no ya por no perder el día y haber hecho un viaje en vano, sino porque necesitaba trabajo como fuera.

Después de la reunión, le invitaron antes de irse a tomar una copa de un vino embotellado en el mismo pueblo, y degustando el exquisito sabor del tinto, fue cuando comenzó la intensa lluvia y el viento huracanado. Así decidió esperar a que pasara el temporal sin querer decir a nadie que no había viajado en coche para no dar una mala imagen de su empresa. Del mismo modo, no quiso beber más de una copa para que no pensarán que iba a conducir habiendo bebido.

-Perdone que le moleste, ¿espera usted al último tren? - oyó Antonio saliendo de sus pensamientos y dando un gran salto del asiento.

Un extraño anciano se había sentado a su lado sin que le hubiese oído llegar. Iba bien vestido y hablaba con mucha tranquilidad. Antonio, después de recuperarse del sobresalto, contestó a su nuevo compañero de banco.

-Sí... eso hago...

-No hace mala noche, después del día que ha hecho... pero no debería usted estar aquí. - replicó el anciano.

-No, ¿y eso por qué? ¿Ya ha pasado el último?

-No, no ha pasado, pero estamos a finales de mes y todavía no se ha oído el tambor.

-¿Cómo dice? ¿Qué tambor...? perdóneme pero, no le entiendo...

El anciano se quedó mirando a un atolondrado Antonio, por primera vez le pudo ver claramente la cara. Estaba pálido, pero tenía una expresión de tranquilidad en su rostro junto con una leve sonrisa que hacía, de alguna manera, que fuese agradable mirarle. Entonces volvió a dirigirse a Antonio:

-¿Es que no conoce usted la historia del pequeño tamborilero?

-No... no soy del pueblo, es la primera vez que vengo aquí. - le contesté intrigado.

El anciano pareció ajustarse al banco, poniéndose más cómodo y cruzó sus brazos.

-La historia empieza en la postguerra, fueron tiempos difíciles para todos... y en este pequeño pueblo hubo mucha pobreza. Tenían para comer lo que ellos mismos podían sembrar y a la vez pasaban el

día reconstruyendo los edificios que habían caído en la contienda. La torre del campanario no estuvo reconstruida hasta 5 años después de terminar la guerra. Aunque estas vías del tren estaban aquí, no había estación, ni parada. Así que nadie venía de fuera a ayudar, ni había alimentos ni ayuda exterior.

Antonio se había interesado por la historia del anciano y además, pensó que así el tiempo se le pasaría enseguida. Aunque las primeras palabras del anciano le habían hecho pensar si estaba esperando en vano, ahora estaba tranquilo e impaciente de seguir oyendo la historia. El anciano prosiguió su relato.

-Los niños que habían sobrevivido a la guerra no eran muchos y alguno de ellos estaba tullido. Todos conocían en el pueblo a un pequeño de 9 años al que le faltaba una pierna, era muy simpático, y además siempre estaba acompañado de un tambor. Un viejo tambor que había sobrevivido a los combates y que perdido en algún rincón del pueblo había pasado a manos del pequeño. Era el único juguete que tenía, de hecho, era el único juguete que había tenido nunca. Le encantaba tocarlo por las calles siguiendo un ritmo lento y bien acompasado. A nadie le importaba que el pequeño tocara su tambor por el pueblo, no les molestaba y además se sentían acompañados. El cura decía que a falta de las campanas de la iglesia, el pequeño ponía la música en el pueblo.

Había parado de llover definitivamente, el viento había desaparecido completamente y la luna parecía brillar más que nunca. Sin embargo, a lo lejos parecía verse una niebla que antes no había, las luces lejanas de la estación habían dejado de verse claramente. Antonio había olvidado el reloj, estaba tan interesado en la historia que ahora mismo le preocupaba poco que el tren estuviera a punto de llegar o no. Además, el detalle de la niebla, aunque llegó a notarlo no le dio la más mínima importancia.

-El pequeño tamborilero, como ya le conocían por todo el pueblo...- continuó relatando el anciano - ...solía salir a jugar con el resto de niños del pueblo. Aunque él se movía con una vieja muleta de madera y nunca soltaba el tambor, les seguía allí a donde fueran sus amigos. ¡La gente contaba que era digno de verlo! Cojeando, con el tambor colgado de su cuello... el tambor casi más grande que él, no porque fuera muy grande sino porque él era pequeño... y la muleta era una muleta de un adulto a la que se le había cortado parte del palo para adecuarla a su tamaño... pero a él no le importaba, él era feliz haciendo tocar su instrumento junto a sus amigos.

El anciano se puso serio y miró fijamente a Antonio antes de continuar.

-Fue feliz, hasta que llegó el fatídico día.



-Qué... ¿qué ocurrió? - preguntó Antonio muy interesado.

-El pequeño tamborilero se acercó a estas vías con sus amigos, a veces desde el tren les lanzaban trozos de pan u otros artículos. Nada de gran valor, pero para ellos era mucho cualquier cosa que pudieran conseguir. En este tramo el tren aminoraba la marcha, precisamente porque todos sabían de la existencia del pequeño pueblo aunque no hubiese una parada establecida aquí. Los mismos maquinistas eran los que les lanzaban los pequeños obsequios a los niños, aunque a veces también lo hacían los pasajeros que conocían la situación. Ese día, estaba ya terminando la tarde aunque todavía había luz, antes de llegar el tren el grupo de niños jugaba saltando por las vías... sabían que no debían hacerlo, pero lo hacían... bueno, en fin, no eran más que niños sin supervisión paternal y habían sobrevivido a una guerra... no temían al tren y nunca había pasado nada... además, entre ellos decían tener un “truco” para salir de las vías. El truco en cuestión consistía en que al acercarse el tren las vías empezaban a vibrar, en cuanto uno lo notaba lo gritaba a los demás mientras salía corriendo... ¡se mueven, se mueven!...Ese era el grito de aviso y todos salían de las vías a la mayor rapidez.

El anciano se reía a carcajadas mientras volvió a gritar la frase de los niños:

-¡Se mueven, se mueven! - y continuó riéndose unos segundos más.

Antonio seguía interesado, sonriente al oír reírse al anciano, pero sin ser capaz de decir nada para no interrumpir el relato del anciano.

-El caso es que en esta ocasión, el pequeño tamborilero descendió también a las vías, sin dejar su tambor y con ayuda de su muleta bajó para acompañar a sus amigos y jugar saltando de raíl en raíl. A los pocos minutos de estar allí, fue él mismo el que notó temblar los raíles... y gritó, gritó como lo hacían sus amigos siempre. Además, de los nervios, tocó también su tambor fuertemente. Mientras lo hacía y sin dejar de gritar la frase de aviso, iba saliendo de las vías. Sus amigos nada más oírle hicieron lo mismo a toda prisa, siempre era igual gritara quien gritara, ninguno se paraba a comprobar si era cierto, aunque el temblor era bastante evidente por el estado de las vías. A los pocos segundos se podría ver el tren a lo lejos, a pesar de que ese día había una ligera niebla.

-¿Había niebla? - interrumpió Antonio.

-Sí, pero se veía al tren llegar desde lejos, todos estaban ya en el andén fuera de las vías esperando ansiosos sus regalos... todos menos el pequeño tamborilero, que aunque fue el primero en intentar salir, se había tropezado y había caído en las vías. Sus amigos ni lo vieron, y mientras el pequeño intentaba

levantarse con el gran tambor colgándole y la muleta enganchada entre las vías, ellos saltaban contentos esperando la llegada del tren. Entonces uno de ellos se percató de que el pequeño tamborilero no estaba a su lado... preguntó qué donde se encontraba pero ninguno lo sabía, nadie le veía... el tren estaba cada vez más cerca y entonces uno de ellos le vio asomar una mano entre las vías.

-jooooder - soltó Antonio acongojado.

-Los niños se acercaron y vieron como el pequeño intentaba liberar la muleta sin conseguirlo. Sus amigos le dijeron que la dejara y subiera enseguida, el pequeño se quitó el tambor de encima, dejó la muleta y se levantó... dando saltitos a pata coja se acercó al andén. Entonces se oyó el pitido del tren, los niños se apartaron del borde y el pequeño volvió a tropezar y a caer sobre las vías... no le dio tiempo a volver a levantarse antes de que el tren le pasara por encima. Según contaron los niños fue un momento interminable esperar a que el tren pasara por completo. Cayeron varios pequeños paquetes con ropa o comida en el andén, pero ninguno se movió para recogerlos. Una vez que pasó el tren, todos miraron horrorizados a la vía, donde pudieron ver algún resto del tambor destrozado, las astillas de la muleta junto a los raíles... y sangre, mucha sangre por las vías, un gran charco de sangre justo en el centro... y el cuerpo

sin vida de su amigo a lo lejos... completamente destrozado y mutilado.

-¡oooh Diosss! - es lo único que Antonio pudo mencionar.

El anciano hizo una pausa para recuperar el aliento, lo había contado con tanta efusividad que se había quedado sin respiración.

-El pueblo entero tardó en recuperar su alegría, la pérdida del pequeño causó un gran pesar en todos los habitantes y durante años estuvieron viniendo a las vías cada atardecer a traer flores. No dejaron de hacerlo hasta que la antigua estación se montó aquí. Y fue entonces cuando empezó a suceder...

-¿A suceder qué?

-La razón por la que usted no debería estar aquí.

-¿Y qué razón es esa?

-Desde que el tren tiene una parada en el pueblo, se produce un extraño acontecimiento cada cierto tiempo...

-¿Acontecimiento? - dijo Antonio, ahora algo sobresaltado.

-... hay noches en las que minutos antes de que pase el último tren, aparece una niebla alrededor

de la estación y se comienza a oír el sonido de un tambor... el mismo ritmo de tambor pausado y acompasado que tocaba el pequeño que cayó a las vías... desde entonces, todo el que oiga el sonido del tambor, morirá esa misma noche.

Antonio quedó en silencio, perplejo, no sabía si el anciano estaba diciéndolo en serio o solo pretendía asustarle. Aunque desde luego, si era una broma, a Antonio no le hacía ninguna gracia. De repente, Antonio comenzó a oír un sonido a lo lejos, se levantó del banco y saliendo de la marquesina prestó atención. Efectivamente, le dio un vuelco el corazón cuando oyó que se trataba de un tambor. Un sonido pausado y acompasado se oía a lo lejos, pero cada vez con más nitidez. Se giró bruscamente para preguntarle al anciano si él también podía oírlo, pero al hacerlo, vio que el anciano no estaba. Solo pudo ver su gorra sobre el banco y un escalofrío recorrió su cuerpo. Miró a su alrededor buscándole, pero ni estaba ni se le veía a lo lejos. Pensó que nadie puede correr tanto en tan poco tiempo, pero enseguida dejó de pensarlo porque el sonido del tambor volvió a llamar su atención. Ahora era mucho más fuerte, casi parecía salir de los altavoces de la estación. Antonio recogió su gorra, se la puso y se dirigió hacia la salida.

La niebla envolvía ahora toda la estación y una fuerte luz azul iluminaba el andén. Antonio aceleró el paso, sin embargo, quedó petrificado antes de poder

llegar a la salida, cuando vio la figura iluminada de un niño tocando un gran tambor. El niño llevaba el tambor colgado del cuello y tocaba con una sola mano, la otra la usaba para sujetar la muleta con la que iba caminando.

Antonio no podía articular palabra y entonces comenzó a retroceder lentamente, caminando hacia atrás. El pequeño tamborilero iba avanzando hacia él, el sonido del tambor se oía nítidamente en toda la estación haciendo vibrar los cristales de las ventanas. La niebla se había hecho mucho más espesa, apenas podía verse ahora el banco donde había estado sentado hace apenas unos minutos. El pequeño tamborilero desprendiendo esa luz azul, estaba a su lado, se había parado frente a él sin dejar de tocar el tambor.

El desconcierto de Antonio era tal que no sabía ahora mismo donde estaba la salida, no veía el camino y sería incapaz de correr hacia ningún sitio si el miedo no le mantuviera paralizado.

Los raíles de las vías empezaron a vibrar, también se pudo oír el pitido de un viejo tren, el pequeño tamborilero comenzó a andar de nuevo hacia Antonio que retrocedió un paso más hacia atrás, cayendo a las vías.

Jueves 31 de mayo 2012.

Estación de tren de Vidal de la fuente.

La noche era fría. Aunque ahora mismo no llovía, el ambiente estaba cargado de humedad y unido al viento que se había levantado a estas horas de la noche la sensación térmica era baja.

Marisa esperaba el último tren en la estación bajo su gran mantón de lana y un aparatoso pañuelo atado sobre la cabeza. Su aspecto no era el más elegante, pero así se protegía de la desagradable noche que le había tocado sufrir.

Llevaba unas bolsas de plástico llenas con ropa. Durante el par de años que llevaba viajando al pueblo, no era la primera vez que volvía a casa a estas horas y nunca había tenido problema en coger el último tren.

Marisa era una modesta diseñadora de ropa, ella misma cosía de manera artesanal prendas de vestir que después vendía directamente a una amiga que tenía una tienda en este pequeño pueblo. Con un viaje cada cierto tiempo tenía cubierta la demanda de sus productos, y ya que ese día tenía que viajar personalmente allí, lo pasaba hasta última hora junto con su amiga después de cerrar la tienda.

Su amiga, Concha, le había dicho más de una vez que en el pueblo se comentaba que no convenía

esperar al último tren, pero nunca nadie le había dado ninguna explicación. Era obvio pensar que si perdías el tren no había otro medio de transporte barato, pero cada habitante del pueblo que lo comentaba lo decía de un modo extraño, ocultando algo y sin querer entrar en el tema. Sin embargo, a Marisa nunca le había importado, sabía que si perdía el tren siempre podía decirle a su amiga Concha que le dejara pasar la noche en el sofá ya que más de una vez se lo había ofrecido. Es cierto que la estación estaba solitaria casi siempre, pero jamás había habido un atraco o crimen en el pequeño pueblo de Vidal de la fuente.

Marisa se sentó en un banco esperando el tren aunque sabía que no podía tardar en llegar. Al hacerlo una bolsa se le cayó abriéndose y varias prendas cayeron al suelo. Marisa las recogió sin levantarse, las metió en la bolsa y la dejó a un lado. Al incorporarse vio que un hombre se había sentado junto a ella.

-Buenas noches - dijo ella muy educadamente.

El hombre asintió con una agradable sonrisa sin decir nada. Parecía tranquilo y simpático, y su sonrisa era seductora. Vestía un abrigo negro largo y una gorra de cuero para tapar su cabeza rapada.

-Perdone que le moleste, ¿espera usted al último tren? - dijo el extraño personaje que parecía haber salido de la nada.



-Sí, así es...

-Pero no debería usted estar aquí. - replicó el insólito compañero de banco.

-¿Por qué dice eso? Lo he cogido muchas veces a esta hora.

-Porque hoy es el último día de mes y todavía no se ha oído el tambor.

-¿De qué tambor me habla? - preguntó Marisa intrigada.

El hombre levantó un poco su gorra y Marisa pudo ver que estaba muy pálido a pesar de su aspecto agradable.

-¿Es que no conoce usted la historia del pequeño tamborilero? - contestó el pálido Antonio.